

Palabras pronunciadas en la presentación del libro *La filantropía: tendencias y perspectivas: Homenaje a Rodrigo Uría Meruéndano*, editado por la Fundación de Estudios Financieros y la Fundación Profesor Uría, en Madrid, en la sede de Uría y Menéndez, el 17 de julio de 2007

por Víctor Pérez-Díaz, director del libro

Nos hemos reunido aquí en recuerdo de Rodrigo. En parte para hablar de él y evocar su persona, y en parte para hablar de él haciéndolo como si estuviéramos hablando *con él*; pero no de él, sino *de otra cosa*. Para hacerlo, hablando precisamente de un tema que él tenía en el corazón, el tema de la filantropía. Nada muy moderno: el antiguo tema, tan viejo como la humanidad, del amor por los demás; amor que se hace patente en obras, no en meras palabras. Tan viejo como la humanidad porque, en realidad, sin él, la humanidad no hubiera llegado hasta hoy. Y probablemente no llegue sin él muy lejos. Y dejará, no digo ya de prosperar: dejará de existir, el día en que la misantropía, el odio, el desprecio que es la otra cara de la arrogancia, o la desatención a nuestros semejantes prevalezcan sobre ese amor. Prevalezcan abruptamente, o insidiosamente. Incluso ahora, para reunirnos y hacernos compañía en torno al recuerdo de Rodrigo, necesitamos algo de ese sentimiento.

Se me ha pedido que haga una somera descripción del libro, y me permitiré añadir luego un breve comentario. El libro es sencillo de explicar. Tiene tres partes, relacionadas pero distintas. La primera, tras una introducción mía sobre el sentido general del libro y algunos de los grandes problemas o dilemas de la filantropía, se compone de dos estudios sobre la filantropía internacional, uno explicando la génesis y el desarrollo de la filantropía americana, y otro, fijándose en una variante de la filantropía contemporánea, que llamaría holística o de diseño general, aplicada a la Europa central y oriental; que pueden servir como motivos de comparación y de reflexión. Vienen luego dos estudios sobre la filantropía española, comentando una información, muy pertinente, sobre la evolución y la situación actual de las donaciones en España, y el resultado de una encuesta entre gentes de estratos superiores sobre estas materias.

A ello sigue una segunda parte, importante, sobre la necesidad de transparencia y de profesionalidad de la organización de la gestión filantrópica, sobre la posible aplicación de buenas prácticas y reglas de buen gobierno del campo de la empresa al de la filantropía, y sobre el marco de incentivos fiscales a la misma. Y una tercera parte en la que se reúnen las voces variadas, intensas y genuinas, de una serie de ejemplos de la filantropía de este país, orientados a diversos campos, con estilos diferentes, con perfiles institucionales diversos.

¿Cuál es el argumento que da unidad al libro y subyace en buena parte de sus páginas? Para responder a esta pregunta, vuelvo a mis primeras palabras. La filantropía comienza siendo, por una parte, un sentimiento, un sentimiento *operativo* : orientado a hacer el

bien a otros, a realizar algo que va más allá del nosotros de aquí y ahora, de nuestro propio interés. Por otra parte, es un sentir y un hacer vinculados a una vocación, a una *llamada de servicio* a algo y a alguien que nos evoca esa dirección del más allá de este nosotros en particular, quizá hacia una comunidad humana a lo largo del tiempo, o, para algunos, más allá del tiempo.

Por tanto, esa idea de benevolencia, de *bene volere*, y de beneficencia, de *bene facere*, de querer el bien y de hacer el bien (*si sabemos lo que es el bien*) está vinculada a la idea de responsabilidad, es decir, de respuesta. Los conceptos de responsabilidad y de respuesta están íntimamente conectados. Ser responsable es responder de algo ante alguien. Si hay respuesta, es una respuesta a un “qué”, a una llamada; y si hay llamada, es una llamada de un “quién” o de unos “quiénes”. De Dios, del dios de la ciudad, de la sociedad, del otro en particular, del prójimo, del lejano; o de la conciencia de quien se sabe rodeado de todos estos otros y en conversación con ellos. A los que se responde, no mandando, disponiendo y gobernando, sino *sirviendo*.

Puestos a aplicar estas ideas generales a lo que nos ocupa, a las circunstancias históricas de la filantropía de las elites españolas del momento, cabe aventurar que este dar *respuesta y servicio* depende de varios factores. Me fijaré ahora en tres de ellos: en los recursos que estas elites tienen, en sus disposiciones a dar una respuesta, y en la disponibilidad de un modelo para hacerlo.

Recuerdo la última, y única conversación cara a cara con Rodrigo sobre estos temas, y la recuerdo vívidamente. He aquí, nos dijimos, una elites económicas que tienen amplios recursos económicos; y cada vez más: su acumulación ha sido palpable en estos veinte o treinta años. Estaría bien que los aplicaran a responder a las llamadas de la sociedad, atender a sus demandas, resolver sus problemas.

Dábanos, pues, sus recursos por supuesto. Pero, cabe añadir: es que además tienen, o van adquiriendo, ciertas disposiciones que les pueden ayudar para hacerlo. Por ejemplo, tienen un status social relativamente prominente. Pero tener un status viene de la mano de la necesidad de justificarlo; y, o tienen la disposición para justificarse o la tendrán que cultivar. No, simplemente, con el discurso de justificación que corresponde a una mera voluntad, y estrategia, de distinción social, sino con un argumento persuasivo en la comunidad (moral) de conversadores en la que están insertos.

A esto se añade que (probablemente) ya tienen otras dos disposiciones relevantes para el tema. Primero, tienen la disposición a hacer las cosas y hacerlas bien, es decir, el *know how* de la organización y la gestión. Saben cómo, puestos a hacer las cosas, hacerlas con eficacia y con eficiencia; con el aditamento de que están acostumbrados a aprender rápidamente, porque si se equivocan, y se retrasan en rectificar, pagan por ello un precio, muy pronto.

Además, y esto es muy importante, por su modo de estar en el mundo desarrollan (o deben desarrollar) un hábito y adquieren (o deben adquirir) un cierto *animus*, que supone un plus de energía, de tendencia a la autoafirmación, a aceptar el riesgo, a dar un paso adelante. Esto es fundamental para *asumir* responsabilidad, para *responder* cuando pronuncian tu nombre. Por eso nos ponen un nombre: para llamarnos. No son (o deberían ser) de los que se refugian en un anonimato, detrás de unos amigos políticos, o un aparato estatal, algo impersonal, a lo que *se pasa la llamada*, es decir, la responsabilidad. En todo caso, la llamada la reciben ellos; pueden contestar o no, pero la reciben ellos.

Finalmente, está el factor de la disponibilidad de un modelo del qué hacer y el cómo hacer las cosas de la filantropía. Y aquí nos encontramos con el modelo de la filantropía norteamericana, en el que inspirarse. Pero para inspirarse de un ejemplo, primero hay que entenderlo.

Hay que entender que esta filantropía tiene un recorrido cultural importante. Y es importante, incluso extremadamente importante, no porque la cultura sobre la que se asienta sea “la más moderna”, sino precisamente porque *no* es moderna, al menos en el sentido de que no es *simplemente* moderna, y estuviera como aparte de una tradición anterior. Todo lo contrario, su interés estriba en que *surge orgánicamente* de una tradición anterior.

Es la cultura que traen consigo al nuevo mundo, y desarrollan, europeos, anglosajones, imbuidos de la tradición bíblica (la tradición cristiana) y la tradición clásica (una versión de la ilustración); que es lo que subyace en todo lo que hacen desde el principio hasta hoy; y en lo que, lo que vaya viniendo luego, tendrá que integrarse, o acomodarse a ello, de alguna forma. En efecto, la tradición americana consiste, en buena medida, en un trasladar de un continente a otro, a través del mar, a europeos que ya están hechos, y que vienen con su corazón y su cabeza ya formados. Porque, como se suele decir, *you can take the boy out of the country but not the country out of the boy*. Y su corazón y su cabeza son ya esa mezcla complicada y tensa de tradición bíblica y tradición clásica. Y van a desarrollar esa tradición compuesta en condiciones históricas y geográficas singulares. Primero, porque llegan, y *no* cargan sobre su espalda un estado soberano centralista que pretenda orientarles o dirigirles, ni una iglesia establecida con poderes temporales sobre las conciencias: un “papá” y una “mamá” que se arroguen una autoridad ejecutiva de última instancia. Y si se los encuentran así, al principio, se desembarazan de ellos. Y segundo, porque, además, se encuentran en condiciones geográficas que estimulan su iniciativa y su libertad de movimientos, enfrentados con una naturaleza que les reta pero no les abrumba, y les hace crecerse.

Ahí es donde se fragua el modelo que nos sirve de referente. Este modelo responde a un imaginario colectivo que *no* alienta la narrativa de una historia “prometeica” que nos invitara a “vamos a *crear* el mundo *ex nihilo*”: un mundo de adolescentes que, con desafíos y transgresiones, se inventan y se reinventan incesantemente a sí mismos (al

modo que sugiere una parte, la más estridente, del imaginario actual). Responde, más bien, a uno que alienta la narrativa de una historia en la que “vamos a *participar*”, con nuestros predecesores y nuestros sucesores, en un proceso de creación continuo: de una *God's unfolding creation*, para los creyentes, o de una compleja evolución cuyo rumbo se cree medio entrever, para los que no lo son, o lo son menos.

Por esta *carga en profundidad cultural* es por lo que la filantropía americana es muy relevante para nosotros los europeos; porque sus avatares resumen muy bien, y con una claridad admirable, nuestra propia experiencia de civilización occidental. Y digo la nuestra, porque la experiencia europea se remonta también ininterrumpidamente a la fuente de las tradiciones clásica y bíblica; que son las que subyacen a nuestra experiencia moderna, la han dado sentido, y continúan dándole sentido hoy.

¿En qué consiste, en la práctica, digamos, sumariamente, esta filantropía? En cuatro características combinadas. Primero, la filantropía americana se siente atraída por dos modelos de ciudad, que trata de combinar, lo mejor que puede. La ciudad de los hombres, la *civitas cupiditatis* de la satisfacción de los deseos, que pueden ser necesidades profundas o ensoñaciones complicadas (o primarias). Y la *city on the hill*, la ciudad sobre la colina que ilumina moralmente a estos peregrinos, necesitados y un poco fantasiosos, sobre la tierra.

Segundo, esta filantropía responde a una sensibilidad moral por la cual las elites, en general, entienden que el poder está ligado a un servicio. El poder político es como un *trust*, un depósito de confianza, condicionada y limitada; de ninguna forma supone un mandato para definir la moralidad de un país, para “hacer” un país, para transformarlo de modo que no le reconozcan las generaciones anteriores, o para que sus líderes jueguen a profetas de cartón piedra. Y el poder económico es entendido, en buena parte, como una *stewardship*, en la que el administrador de la riqueza la tiene en prenda, y ésta tiene que ser devuelta de algún modo, y está vinculada a un deber de guardia y custodia, pensando en una herencia común.

Tercero, esta filantropía forma parte de un mundo complejo de relaciones entre elites y sociedad, basado precisamente en aquellas premisas. De tal modo que, cuando las elites hacen sus buenas obras y se encuentran, y se enfrentan, con una crítica de la sociedad que tal vez no esperaban, y todo ello con los sobresaltos de rigor, su reacción se sitúa en una secuencia que la acompaña y la encauza. A la postre, no se indignan, sino que recapacitan. Y ésta es, por ejemplo, la lógica implícita en el modo como los llamados *robber barons* de entre el siglo XIX y XX, y sus sucesores, reaccionaron en el debate social que suscitó sus iniciativas filantrópicas. Porque entendieron, al final, como sus sucesores de hoy entienden, que la filantropía no puede plantearse desconectada de otros componentes de la sociedad civil o liberal de la que forman parte; porque viene “en un paquete” con las reglas del *juego limpio* de la economía de mercado y de la democracia liberal. Y porque, llevando las cosas más lejos y más al fondo, entienden

que la filantropía va ligada a una discusión no sólo sobre una sociedad civil o liberal, sino sobre una *sociedad buena*; no sólo (estrictamente) justa, sino generosa.

Cuarto, y último, junto a la filantropía de las elites se da, con tanta o más pujanza, una filantropía de la sociedad; y, además, todos entienden, y entienden fácilmente, que la una y la otra *están ligadas*, que hay entre ellas un vínculo de mutua dependencia que reposa sobre una afinidad profunda entre la sociedad y las elites. ¿Y en qué consiste esta afinidad? Consiste en que todos entienden que *dar* implica una involucración personal, un *darse* a sí mismos. Y porque todos se quieren ver a sí mismos, y se ven en buena parte, como una sociedad de *givers*, y no de *takers*; de *doers*, y no de *talkers*. Es decir, de gentes que dan, y no “van a lo suyo”; de gentes que hacen, y no, simplemente, hablan y hacen gestos.

Este es el modelo, que, realizado con las imperfecciones propias de los humanos, tenemos a la vista. Ojalá lo entendamos bien, y lo intentemos aplicar, y lo apliquemos; como, a su modo, con su estilo propio y único, lo comprendió, lo intentó y lo hizo Rodrigo.

Déjenme terminar reiterando mi agradecimiento, en mi nombre y el de todos los autores, a las dos Fundaciones cuyo patrocinio ha hecho posible este libro. Y mi agradecimiento a todos Vds. por su atención.

Víctor Pérez-Díaz